

PRÓLOGO

Los que están interesados en la historia de la España moderna sin duda estarán de acuerdo con la afirmación de que pocos períodos fueron más dramáticos, más intensos, más trascendentales que las primeras décadas del siglo XVII. Fue éste un período marcado por ascensos y caídas de personajes de gran renombre, asesinatos, conspiraciones, paces y guerras, famosos matrimonios; la publicación de esa obra ahora universal, *Don Quijote*; la cristalización como grandes autores de Lope de Vega, Quevedo y muchos otros; la dramática decisión de expulsar a los moriscos españoles, una «empresa» ejecutada entre 1609 y 1614; unas décadas durante las cuales el gran historiador Mariana publicó varios de sus más impresionantes tratados. Momento de continuidades, pero también de novedades, cuando muchos españoles comenzaron a debatir si la monarquía hispana estaba en crisis, cuáles eran los motivos o causas de esa crisis, y si existían, o no, posibilidades para reconducir la situación y retornar a esa «edad de oro» a la que tan elocuentemente se refería *Don Quijote*.

Aquellos que están interesados en la historia de la España moderna sin duda estarán de acuerdo con la afirmación de que pocos períodos fueron más dramáticos, más intensos, más trascendentales que las primeras décadas del siglo XVII. Fue éste un período marcado por ascensos y caídas de personajes de gran renombre, asesinatos, conspiraciones, paces y guerras, famosos matrimonios; la publicación de esa obra ahora universal, *Don Quijote*; la cristalización como grandes autores de Lope de Vega, Quevedo y muchos otros; la dramática decisión de expulsar a los moriscos españoles, una «empresa» ejecutada entre 1609 y 1614; unas décadas durante las cuales el gran historiador Mariana publicó varios de sus más impresionantes tratados. Momento de continuidades, pero también de novedades, cuando muchos españoles comenzaron a debatir si la monarquía hispana estaba en crisis, cuáles eran los motivos o causas de esa crisis, y si existían, o no, posibilidades para reconducir la situación y retornar a esa «edad de oro» a la que tan elocuentemente se refería *Don Quijote*.

Todos aquellos que conocen un poco el reinado de Felipe III (1598-1621), en efecto, saben que éste fue un período complejo, un período en el que la monarquía hispana se encontró en una suerte de encrucijada, producto, sin duda, de las circunstancias (el rápido crecimiento del poder hispano), pero también de las decisiones y acciones de Felipe II, el llamado rey prudente. Más importante es, sin embargo, entender que en el reinado de Felipe III cristalizaron procesos, movimientos, discursos políticos que se venían desarrollando con anterioridad, y que

muchos de estos procesos, ideas y respuestas se convirtieron en elementos centrales de la política española por muchas décadas. Pero lo que hace todavía más apasionante este período es, precisamente, el modo en el que sus protagonistas, todos, retaron y, a veces, fueron capaces de transformar componentes esenciales de la forma de ver el mundo, dominantes hasta esos momentos entre sus contemporáneos.

Lo que es enormemente paradójico, y muy difícil de explicar, es que, a pesar de estas complejidades, de lo dramático de las situaciones y las decisiones, el reinado de Felipe III es una de las épocas peor estudiadas de la historia de España. La atención de historiadores y aficionados se ha dirigido casi exclusivamente hacia otros períodos, el reinado de Felipe II en particular, influidos por la errónea creencia de que a partir de 1598 todo en la historia de España fue decadencia, corrupción, crisis, caos, en definitiva, materiales que, al parecer, no permiten crear buena historia. Es verdad que esta situación ha comenzado a cambiar en los últimos años. El período ha comenzado a recibir una mayor atención, tanto los procesos políticos, como los económicos; los culturales e ideológicos, pero también los artísticos y religiosos. Las obras de estudiosos, por mencionar sólo a unos cuantos, como Bernardo García y García, Magdalena Sánchez, Pablo Jauralde, Juan E. Gelabert, I. A. A. Thompson, Mercedes García-Arenal, Rafael Sánchez Blanco, o los míos propios sobre el gobierno de la monarquía, han comenzado a aportar nueva luz a muchos de los aspectos mal entendidos del período: desde la política exterior de la monarquía, hasta las finanzas, el gobierno, la cuestión de los favoritos, la expulsión de los moriscos y sus consecuencias, o los contextos que explican la rica producción literaria durante estas dos o tres primeras décadas del seiscientos.

Pero, como decíamos, no sólo los procesos políticos, ideológicos y sociales hacen tan interesante este período, sino, también, los individuos que los protagonizaron. Felipe III, Margarita de Austria, el duque de Lerma, Don Rodrigo Calderón, Pedro Franqueza, el conde de Miranda y decenas más de personajes que, por razones unas positivas, otras negativas, dieron enorme colorido e intensidad a estos años. Uno de ellos, Pedro Téllez-Girón, mejor conocido por su título, duque de Osuna, atrajo una enorme atención durante el reinado de Felipe III y todavía más después de su muerte, en 1624. Aunque nacido en 1574, Osuna fue sin embargo un hombre cuya carrera y destino estuvieron

marcados por los acontecimientos y procesos del reinado de Felipe III, en el que fue principal protagonista. Osuna sirvió en los Países Bajos, para luego ocupar los virreinos de Sicilia, primero, y Nápoles después; durante unas décadas esenciales para el poder español no solo en la península italiana, sino en toda Europa.

Lo mismo que sucede en relación con el reinado de Felipe III en general, ocurre en cuanto a nuestros conocimientos sobre los actores principales del período, incluido el duque de Osuna. Durante su vida, y después de muerto, la biografía de Pedro Téllez-Girón fue en muchos casos tergiversada. Criticado ferozmente por sus enemigos en vida, después de su muerte la vida de Osuna fue favorablemente «inventada» —para utilizar las palabras de Luis M. Linde— por Gregorio Leti (el primer biógrafo de Osuna) y muchos de los que le siguieron. La vida de Osuna fue así poblándose de leyendas, de mentiras, pero al mismo tiempo, y quizás por ello, también, de serias lagunas y vacíos sobre el personaje y su tiempo. En muchos sentidos, la carencia hasta ahora de un estudio serio de la vida y las acciones de Osuna y otros protagonistas del período es una indicación más de que, a pesar de los grandes avances que hemos experimentado en el estudio de la historia de España, el reinado de Felipe III sigue siendo marginado por los historiadores profesionales.

Esta es una de las razones por las que la biografía de Osuna que nos presenta Luis M. Linde se nos hace tan importante. A diferencia de los que le precedieron, y siguiendo el espíritu de aquellos que han comenzado a renovar el estudio de la España de Felipe III, Luis M. Linde se enfrenta al personaje Osuna desde, precisamente, su entendimiento de la complejidad del hombre y su tiempo. Así, después de hacer un comentario crítico sobre las biografías previas de Osuna, especialmente la de Leti, Luis M. Linde se adentra en la mucha documentación existente —en algunos casos nunca consultada con anterioridad— para recomponer la vida y acciones de un personaje complejo, ciertamente dramático e influyente, que vivió con intensidad su vida personal y política, cometiendo errores, ciertamente, pero con unos claros y profundos principios sobre qué era para él España y cómo defenderla de lo que él creía eran sus enemigos internos y externos. La imagen que resulta de este excelente estudio no es la del «heroico salvador de patrias» que se nos ha venido presentando hasta hace poco, aunque tampoco el crá-

pula total que sus enemigos dibujaron con intensos trazos. El Osuna de Luis M. Linde es un hombre complejo, interesante, que no dudó en comprar a ministros reales para hacer progresar su fortuna y carrera, que ideó grandes planes para el futuro del poder de España en Italia, que estimó o desestimó las posibilidades de reformas monetarias y financieras en los virreinos donde sirvió. No queremos dar a la luz todas las novedades que aporta el estudio de Luis Linde, los nuevos documentos descubiertos, las nuevas averiguaciones que confirman o niegan muchas de las leyendas e invenciones sobre Osuna. Sólo queremos dejar constancia, de nuevo, de la importancia de este trabajo, de su valía, de su inteligente estudio del hombre y la época. Existen muchas llaves que habrán de permitirnos conocer mejor los procesos, ideas y personajes que afectaron a la historia de tan importante período. El Osuna de Luis M. Linde es una de esas llaves, lúcida y atractiva, clara y precisa.

Antonio Feros

Universidad de Pennsylvania